

El último encuentro

POR: YOLANDA LÓPEZ DÍAZ*

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.

Sándor Márai. *El último encuentro*. Barcelona: Salamandra, 2005. 207 páginas.

Casi como dos sombras, en la semioscuridad de una única noche, dos hombres, viejos ya, cumplen una cita, a la que cada uno siempre supo, alguna vez habría de concurrir.

En las viejas y clausuradas salas de la solitaria mansión, otrora acogedor hogar para el amigo que regresa, los objetos, los detalles atados a recuerdos, bajo las miradas del visitante y del solitario amo del castillo, recobran vida. Poco a poco la bruma del aparente olvido empieza a disolverse. Viejos encuentros evoca el escenario, pero íntimamente cada uno sabe que el de hoy será irrepetible.

Seguro de que Konrad regresaría, el general esperó cuarenta y un años, contados día a día. Desde el momento en que él partió, una oculta e incandescente pasión por toda la verdad le dio el aliento para seguir viviendo. Antes del fin, necesitaba escuchar aquello que la trama armada con sus recuerdos no alcanzaba a revelar.

Aunque rehizo los hechos, juntó trozos de conversaciones con miradas, con voces, objetos y escenarios, para pesquisar en las huellas de lo vivido una explicación que le permitiera comprender lo incomprensible, solo alcanzó la íntima certeza de que los hechos conocidos no alcanzaban a decir la verdad toda, y que solo Konrad podía pronun-

ciarla. Hoy que por fin había regresado, estaba dispuesto a arrancársela.

Los recuerdos se agolpan en la cabeza del General. Las voces desvanecidas en su interior por la larga espera, reviven como reescribiendo la historia. La certidumbre de la voz paterna resuena con la fuerza de antes: “él es distinto”. Al comienzo no comprendió bien esas palabras. Hoy ya sabe su sentido.

Sentados frente a frente se reconocen; hoy como ayer, uno sigue siendo el invitado y el otro el anfitrión; cada uno espera saber del otro y conocer, en todos los años transcurridos, los refugios de sus soledades, como un modo de enganchar los años perdidos a la memoria de lo acontecido.

Una conversación cuyo despliegue guarda el ritmo del tiempo que transcurre en una noche, comienza.

La voz del general hilvana los delgados hilos de una trama, para mostrar la tela completa al visitante. Esgrimiendo como única arma la palabra, libra un duelo definitivo, que quiere dejar en pie la verdad, y a la vez enterrar la pena, la aflicción contenidas. Los largos silencios del visitante parecen la densa voz de una culpa que no quiere ser confesada.

Sobre los restos de “una amistad engendrada en las aguas profundas de la infancia”, la sombra de una mujer perfila el recuerdo. Como un viento suave que acaricia los rostros, su presencia hecha de palabras se filtra por la entreabierta ventana de la estancia, y poco a poco preludia la tormenta.

* e-mail: ylopezd@unal.edu.co

Las corrientes íntimas se agitan con el discurrir del recuerdo y las pasiones cristalizadas en el tiempo proyectan en la escena la intensidad de lo vivido.

El lector siente las palabras saltar, como fuegos que en la noche resucitan la historia; es casi un testigo ocular que lo ve todo: escenarios, presencias, emociones y afectos, y reconoce en ellos la amistad y el amor con sus voces y sus rostros remotos; recoge en las palabras ecos de intensas pasiones que vienen de muy lejos, y atisba los laberintos y las oscuridades del alma.

Y en esa hora en que la noche va terminando y “el paisaje esta despertándose, [...] y todo comienza a recobrar la vida alrededor, como si por un artilugio secreto el mecanismo oculto del teatro del mundo, empezara a funcionar”... La voz ora tranquila, ora turbada, ora murmullo, de estos dos hombres entregados a descifrar una verdad, que por lo demás siempre han sabido, se va desvaneciendo; nuevamente la ausencia, de nuevo el silencio; ¿todo ha terminado? Es lo que el lector sabrá descifrar.

